

16 julio 1902

PRIMERA

❖ CARTA ❖ PASTORAL ❖

que el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr.

*D. Ramón Barra*

*y González*

DIRIGE - AL - CLERO  
Y FIELES DE LA DIOCESIS DE PUEBLA.



PUEBLA.

—)o:(—  
Imprenta del Colegio Pío de Artes y Oficios,

CALLE DE LA CONCORDIA NÚM. 2.

1902.

BX874

.I2

P7

c.1

096

BX874  
.I2  
P7  
c.1

96





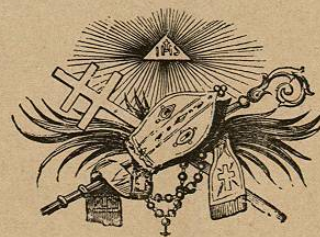
1080027610

# Primera CARTA PASTORAL

que el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr.

## D. Ramon Ibarra y González.

dirige al clero  
y fieles de la Diócesis de Puebla.



LIBRERIA DE  
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez

**PUEBLA.**

—):0:(—

Imprenta del Colegio Pío de Artes y Oficios,

CALLE DE LA CONCORDIA NÚM. 2.

1902.

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

42244



Bx 874  
I 2  
P 7



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Nos el Dr. D. Ramón Ibarra y González,  
por la gracia de Dios y de la Sta. Sede,  
Obispo de Puebla.

*Al M. I. y V. Sr. Dean y Cabildo, al Clero secular y regular y á todos los fieles de Ntra. Diócesis, salud, paz y bendición en el Señor.*

La Providencia divina, que como enseña el Apostol S. Pablo, acostumbra escoger para la realización de sus obras, los elementos más viles y despreciables á los ojos del mundo, á fin de que brille con mayores fulgores la gloria de su santo nombre, se dignó fijar sus amorosas miradas en nuestra humilde persona para que tomásemos el cayado de la floreciente Diócesis Angelopolitana.

Tranquilos y felices apacentábamos en las escabrosas regiones del Sur el humilde rebaño que se nos habia confiado, cuando oimos la voz del Vicario de Jesu-Cristo que nos ordenaba dejar aquellas dóciles y amantes ovejitas y emprender el camino hacia vosotros, para constituirmos vuestro Pastor.

Dóciles á su llamamiento, nos separamos desde luego de nuestra amada Diócesis de Chilapa, y despues de un largo y penoso viaje, tenemos ya la grande satisfacción de presentarnos ante vosotros y de saludaros por vez primera como vuestro amante Prelado.

Mas ¿cómo explicaros, venerables hermanos é hijos muy amados en Jesu-Cristo, las dulces y variadas impresiones que se han despertado en nuestro corazón al penetrar en las fronteras de nuestra Diócesis, y sobre todo, al llegar á nuestra ciudad episcopal?

005096



Hemos visto en su augusta Basílica al M. I y V. Cabildo, entre cuyos miembros distinguimos aun á algunos de nuestros muy amados y dignos Profesores.

Hemos contemplado de nuevo la Sta. Iglesia Catedral, en donde desde niño elevamos nuestras "oraciones al Señor" y más tarde entonamos en su hermoso coro secular las alabanzas del Espíritu Santo.

La hemos visto henchida á nuestra llegada de todas las clases de la Sociedad, en cuyos semblantes se rebelaba una alegría indecible, que no pudiendo contenerse dentro de los estrechos límites del corazón, se desahogó de un modo extraordinario, en las manifestaciones exteriores con que celebró nuestro arribo á la ciudad episcopal.

Todo esto nos ha conmovido profundamente; y despues de despertar en nuestra alma un agradecimiento profundo, nos ha impulsado poderosamente á fijar nuestras miradas en la grandeza de la misión que se nos ha confiado y en la obligación estricta que tenemos de desempeñarla fielmente.

Y á la verdad, si el entusiasmo religioso con que los fieles reciben á sus Prelados, poco ó nada significa á los ojos del mundo, á los ojos de la fé y de la razón demuestra claramente la sublime misión del Episcopado y los grandes bienes que de él espera el pueblo católico.

Sobre este punto tan importante en las actuales circunstancias, queremos, muy amados hijos en Jesu-Cristo, haceros algunas breves reflexiones, aprovechando la oportunidad tan propicia que nos ha ofrecido la entusiasta y amorosa recepción que nos hizo la muy ilustre y distinguida ciudad de Puebla.

Nos refiere la Sta. Escritura, que conversando una vez Jesu-Cristo con sus discípulos, para hacerles entender de una manera sencilla pero profunda la grandeza de la misión que les habia dado, y los bienes que debia producir

en el mundo, les dijo estas memorables palabras: "Vos estis lux mundi: Vos estis sal terrae." "Vosotros sois la luz del mundo: sois la sal de la tierra."

Así como en el orden físico no hay cosa más necesaria y provechosa que la luz y la sal, pues sin estos elementos quedaria envuelta la naturaleza en espesas tinieblas y convertida en un foco insondable de corrupción, mientras que con su auxilio la naturaleza entera se vivifica y nos muestra sus admirables encantos; de la misma manera, con aquellas palabras quiso manifestar Jesu-Cristo que la misión confiada á los Apóstoles, y en su persona á los Obispos que son sus sucesores, estaba ordenada á producir en las regiones del alma lo que hay de más necesario y provechoso para la vida y perfeccionamiento del espíritu, y aun para la felicidad temporal del individuo y de las Naciones. Y todo esto, en perfecta armonía con los amorosos designios que Dios tiene para con el hombre en el presente orden de su Providencia.

En efecto, la humanidad, digan lo que quieran los incrédulos, ha sido criada por Dios para el cielo. En este mundo vamos de paso, como peregrinos, mirando desde lejos y saludando á nuestra verdadera Patria, cuyas fronteras comienzan allí donde terminan los confines del tiempo.

Mas ¿como llegar á esta Patria feliz si no hay una luz que ilumine nuestro camino, una fuerza que vigorice nuestra voluntad y la preserve de la corrupción de las pasiones?

La Sabiduría Divina se ha encargado de proveer á todo esto.

Desde que Dios crió á Ntros. Primeros Padres en el Paraiso, Él mismo se constituyó su Maestro. Bajo la sombra de las palmeras, y en medio del perfume de aquel lugar de delicias, al declinar el día, les hacia sentir su dulce voz, que al mismo tiempo que iluminaba sus inteligencias, enriqueciéndolas con los tesoros de su sabiduría infinita, comunicaba á sus corazones esa savia divina que es el germen de todas las virtudes. Poco duró,



por desgracia, esa época feliz; al soplo infernal del demonio se desvaneció como un sueño, como una flor. Pero á pesar de la ingratitud del hombre, Dios no cesa en la Grande Obra de amaestrar al género humano. ¡Qué hermosa se presenta en la corriente de los tiempos la Providencia amorosa de Dios, que á medida que los siglos avanzan, se muestra más solícita en aumentar los rayos de la luz divina que debe dirigir al hombre hacia la eternidad!

El Apostol S. Pablo, (1) con una sola frase nos describe admirablemente el periodo de la formación de esa luz celestial, ó sea del depósito divino de la revelación. "Habiendo Dios, dice, hablado en otro tiempo, muchas veces y de varias maneras á los Padres por medio de los Profetas, nos ha hablado en estos tiempos por medio de su Hijo, á quien constituyó heredero de todas las cosas."

A diferencia de la luz material que se formó en un solo instante, cuando se oyó en la nada el eco de aquella palabra omnipotente: "Fiat lux et facta est lux" "Hágase la luz y la luz fué hecha;" el foco sobrenatural de la revelación se fué formando lenta y sucesivamente en el curso de los siglos.

Después que Dios Ntro. Señor instruyó en el Paraiso á Ntros Primeros Padres, siguió enseñando á la humanidad por medio de una larga serie de hombres inspirados, que á manera de astros en el firmamento, hacían descender á la tierra la luz que recibían de las alturas. Entre estos astros de primera magnitud brillan en el cielo del Antiguo Testamento: Adam, Noé, Moisés, David y la ilustre prosapia de los Profetas.

Pero estaba reservado al Mesias prometido dar á este foco de luz todo su complemento, como Maestro universal del género humano.

Llega, en efecto, la plenitud de los tiempos. Los cielos, según la bella expresión del Profeta Isaias, llueven al Justo: la tierra se abre, y de la fecunda vara de Jesé

(1) *Epist. ad Hebr. c. 1. v. 1.*

brotó cual cándido lirio Ntro. Divino Salvador, cuyo corazón adorable, como cáliz de flor exquisita, ofrece al Espíritu Santo una mansión dulce y delicada en donde depositar sus divinos dones.

¡Que bellos son los tiempos del Magisterio de Jesu-Cristo! En las riberas del mar ó en la cima de las montañas, en las populosas ciudades ó en la humilde chosa del campesino, abre sus divinos labios y de ellos brotan palabras de vida eterna. Las enseñanzas que Dios había dado en el Antiguo Testamento son confirmadas por Jesu-Cristo, y á aquellos rayos de luz que en la aurora del Mesias habían dirigido al hombre hacia el cielo, añade Jesu-Cristo los brillantes destellos de su celestial doctrina, que vienen á completar el depósito de la revelación. Sino que á imitación de su Eterno Padre, y para gloria del género humano, quiere también que sus discípulos iluminados por El cooperen al complemento de esta luz, y que sus últimos fulgores broten de las misteriosas páginas del Apocalipsis.

A partir de esta época, no descenderá ya más sobre la tierra otra luz del cielo que revele nuevas verdades al género humano. El depósito de la revelación se ha concluido con el ilustre desterrado de la Isla de Patmos.

Pero además de la luz, necesita el hombre para llegar al cielo de una fuerza poderosa que lo preserve del mal y lo haga producir frutos de santidad.

La Sabiduría divina se ha encargado también de proveer á esto.

En el Antiguo Testamento esta fuerza sobrenatural brotaba de la fé y esperanza en el Mesias prometido. En el Nuevo, cumple Jesu-Cristo los vaticinios de los Profetas, abriendo con el precio de su sangre las fuentes purísimas de los Sacramentos, por donde descenden á la tierra, de los collados eternos, las aguas cristalinas de la gracia, que llevan en sus corrientes los gérmenes de todas las virtudes, para sembrarlas en las almas y darles una admirable florecencia.

Estos dos grandes principios tan necesarios y prove-



chosos al hombre, y que sirven para formar aun la felicidad temporal del individuo y de las Naciones, Jesu-Cristo los ha depositado en su Iglesia, para que por su medio se dispensen á la humanidad. En el depósito de la revelación que le ha confiado, se contiene todo lo que en el presente orden de la Providencia necesita el hombre saber para salvarse: todo lo que puede preservarlo del naufragio de las pasiones; todo lo que puede servir de clave para resolver los importantes y variados problemas que en el curso de los tiempos afectan moralmente á la Sociedad en su conservación y desarrollo.

Allí están también encerrados los gérmenes de luz que deben servir de guía á las ciencias y las artes, para que bajo su fecunda influencia se desarrollen con seguridad y embellezcan con sus progresos los dominios de la razón humana.

La Iglesia no puede alterar en lo más mínimo este sagrado depósito. Su misión se reduce á conservarlo en toda su integridad; á desarrollar por medio de la actividad del espíritu humano, y bajo la asistencia especial del Espíritu Santo, los gérmenes de luz que encierra, para que brillen con toda firmeza, según las circunstancias, las enseñanzas de Dios, y finalmente á difundir esta misma luz por todo el mundo, haciendo que iluminen sus rayos al hombre, en cualquier lugar y condición de vida en que se halle, sin cesar en esta Obra bienhechora sino cuando el mundo desaparezca y le suceda el reinado de la eternidad.

Pero ¿cuáles son los órganos ordinarios por donde la Iglesia comunica al hombre la luz divina que posee y las aguas purísimas de la gracia?

El Espíritu Santo, dice la Sagrada Escritura, ha puesto á los Obispos para regir la Iglesia de Dios. A ellos especialmente se ha dicho en la persona de los Apóstoles: "Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura, enseñando todo lo que os he mandado." A ellos se aplican con toda propiedad aquellas palabras del

Evangelio: "Vosotros sois la luz del mundo: sois la sal de la tierra."

Y para que esta verdad tan importante se manifieste siempre á los ojos de los fieles, de una manera sensible, la Iglesia ha dispuesto que los Obispos se presenten al pueblo católico con ciertos signos exteriores que revelan su última misión.

¿No veis que los Prelados de la Iglesia, á diferencia de los demás Ministros del Santuario, ciñen sus cienes con la Mitra? Esto significa que como luz del mundo deben poseer la ciencia del Antiguo y Nuevo Testamento para comunicarla á su rebaño.

¿No veis que ostentan en su pecho el augustísimo símbolo de Ntra. Redención? Esto significa que á imitación del Apóstol San Pablo deben poner sus delicias en la eminente ciencia de Jesu-Cristo crucificado, para infundirla en sus ovejitas con la virtud de su palabra y el atractivo de su ejemplo.

¿No veis que sus manos empuñan el cayado de Pastor? Esto significa que teniendo la plenitud del Sacerdocio, y por lo mismo la luz de la verdad y la fuente riquísima de la gracia, deben guiar con toda solícitud por las escabrosas sendas de esta vida, las ovejitas que se les han confiado, á las hermosas praderas del cielo.

¿No veis que en las funciones pontificales cubren, á veces, sus pies con las sandalias? Esto significa que siendo sal de la tierra, no deben contaminarse con el polvo de este mundo, para que puedan preservar á los fieles de la corrupción de las pasiones.

Y de acuerdo con la significación de estos emblemas, oigo á la Iglesia exclamar con San Agustín: "Episcopus quantus est, vox est, id est, nullum aliud ei incumbit officium, nisi clamare præconia Christi." El Obispo, todo cuanto es, es voz; es decir, no tiene otro oficio que publicar las grandezas de Jesu-Cristo; y con San Bernardo: "Quid aliud est Episcopus quam quidam suæ Diocesis sol? ¿Qué otra cosa es el Obispo que cierto sol de su Diócesis?"